

Camino de VILLA CRESPO



Corrientes y Carlos Pellegrini, allá, por los verdes tranvías del Lacroze...

ERA como el camino de Santiago. A Compostela, la fe guía al peregrino a través de ríos, tierras y montañas. Hace cuarenta años, hasta las puertas de Villa Crespo, nos conducía la esperanza. Sólo que, en lugar de Santiago Apóstol, íbamos en pos de Manuel Gleizer, Editor. Los piadosos peregrinos de Santiago, al pecho, llevaban las conchas veneras. Los de Villa Crespo, en nuestras escarcelas, guardábamos un manojo de papeles; bajo nuestras esclavinas abroquelábamos además las peregrinas ilusiones de nuestra varia inspiración. Era la atracción de la fama literaria, su concreción materializada en un volumen de 160 páginas impresas en buen papel pluma y, si se tenía un poco de suerte, con una portada a todo color de Sirio o de Bonomi.

El camino de Villa Crespo, a lo largo de Corrientes, desde el Centro, algo tenía de porteño esguince. Verdes tranvías de Lacroze penetraban desde el Bajo y desde el Maldonado como puñaladas malevas. Rodaban derramando cortes de tango y guapetonadas de Vaccarezza. Traían y llevaban, respectivamente, los rezongos de los fuelles del café Marzotto y los postreros ramalazos compadrones de los "tauras" de Triunvirato y Gurruchaga.

De nombre, nomás, Villa Crespo trasuntaba alma de sainete. Sólo que los peregrinos de Gleizer íbamos en pos de otra cosa. Muchos peregrinos, más o menos literarios, recorrimos aquel camino. Década memorable. El tiempo y la inconstancia borraron las huellas. Empero,

quedan hitos impresionables. Aquellas peregrinaciones a Villa Crespo constituyen uno de los esenciales capítulos de nuestra no tan insípida vida literaria. Se aguarda aún el cronista que las memorialice.

Gleizer, el Editor, ocupaba un caserón de ladrillos ennegrecidos por la humedad. Pocos pasos de Canning, en el 537 de Triunvirato. Antes había ocupado un zaguán. En éste, con gran vidriera, separadas por un tabique atiborrado de libros, tenía sus habitaciones familiares. En la primera, comunicándose por una puertecilla encortinada de cretona y que solía atascar la silla del último recién llegado, acogía el comedor: la gran mesa, largo mantel y mucha cacharrería, rodeada por vacilantes sillas de Viena y otra cualquier procedencia.

Era aquél el *Portus Quietis*, la Puerta de la Gloria, hasta la cual llegaban peregrinos y tertulios nocturnos luego del traqueteo sobre las corrientinas vías. No recuerdo si estuvieron alguna vez en pleno los veinticuatro escribas que, al igual de los labrados por Mateo, rodeaban aquella villacrespense archivolta que era la sala de acoger del Editor. De que empuñaban variados instrumentos linguales a manera de cítolas troteras, arpas, cítaras y salerios, sí puedo dar fe. Unos más y otros menos, los allí congregados éramos o creíamos ser poetas, novelistas, músicos y cronistas... Platicábamos de dos a dos, sin ajustarnos a una orquestación total, algunos preludiando, otros eludiéndose de la general concertación. Flotando

Camino de VILLA CRESPO

todos en el coro angelical de las letras y si que también de consiguientes chismes profesionales. Nadie, empero, sentaba cátedra.

Gleizer empuñaba, a manera de cayado, una vara mágica invisible. Lo sabíamos pobre cual el más humildísimo de los caminantes. Empero, gracias al raro milagro de sus sonrisas y de sus campechanas palmadas, lograba que los más empedernidos imprenteros le concedieran imposibles créditos estampándole las más bellas y dignas ediciones que las letras argentinas han conocido. El las pergeñaba con raro e ingénito gusto tipográfico, pero... ¿Con qué las pagaba? ¿Con qué inesperados recursos las administraba? ¿En virtud de qué convincentes argu-

Al cabo de los años, que en muchos son ya vidas cumplidas, recuerdo ángeles, arcángeles y demonios, congregados allí, por la amistad y seducidos por el manantial de diálogos que era la tertulia de Gleizer. Unos, angélicos ya en consagración; otros efébricos todavía en pureza de inspiración e inestabilidad de miras; no pocos horribos ya, sino definitivamente perdidos, con ansias de salvación. A todos quisiera evocarlos, no con la precisión de una crónica sino con la oportunidad de un melancólico homenaje.

Voy a comenzar con uno, el más notorio, el personaje parecido al que, años más tarde, vi en Compostela, dándole a la manijita de la zanfonia: Borges, porque ciego,



En primera fila, de izquierda a derecha, Alberto Palcos, el librero Arnoldo Moren, Arturo Capdevila, Alejandro Korn, Gleizer, Alberto Gerchunoff, Ilka Krupkin y Leopoldo Marechal. Detrás de Gleizer, a su derecha, Rega Molina; a su izquierda, Samuel Eichelbaum. Al final, en la esquina, Nicolás Olivari y Raúl González Tuñón

mentos las difundía, defendía y propiciaba entre los críticos, libreros y hasta inabordables jurados...? Tal es el milagro de aquel hombre de engañosa simplicidad aldeana. Es que su invisible cayado de peregrino editor tenía forma de *tau*, cual el de Santiago el de Compostela. Era, repito, una vara mágica.

Cual en la archivolta santiaguina, recuerdo aún los dos ángeles ubicados en los extremos del tímpano: el de la izquierda, representante del pueblo judío; el de la derecha, seide de los gentiles. Alrededor de la mesa de Gleizer, lo veo siempre a César Tiempo, con dignidad arcangélica y unos ojos de bondad que por puro afán de mostrar su corazón, embrida tras gruesos cristales: él, el hebreo. El otro... me lo callo, no por evolucionado, sino por involucrado.

como éste país mío, a tientas, ya entonces y todavía hoy, parecía manotear encaminándose con la seguridad de sus pies de plomo hacia una anhelada posibilidad. Borges había llegado a Buenos Aires por aquellos días, ya en trance de haber perdido y esperanzado en rescatar la vida de sus murientes pupilas. Su preocupación era *El idioma de los argentinos*, que le había entregado a Gleizer. A Borges, fuerte caminador, nocturno peripato, alguna noche de aquéllas, eludiendo furtivas sombras carriguescas, dando trompicones, lo acompañé desde la finalizada tertulia hasta sus lares. Tenía yo entonces cierta destreza de lazarillo, que me tocó y correspondería desplegar con mi abuelo Danero, con Groussac, con Bucich Escobar. Borges jamás miraba hacia abajo, hacia las pérfidas y desiguales piedras. Marchaba siempre con

sus muy abiertos ojos hacia lo alto, cual si buscara en las lechosas luces de los arcos voltaicos las lancinantes razones de su andar.

Fueron los tiempos de la aparición de "El Mundo". En un raptó de humorismo muy de su raza, Haynes había creído que un periódico se podía hacer (con beneficios pecuniarios también...) reuniendo una redacción de calificados escritores. El director escogido fue Alberto Gerchunoff. En la redacción, lo mejor: poeta como Allende Iragorri para la página de carreras; contemplativo como Roberto Mariani, para la de fútbol, a lo mejor, nada más que porque el poeta de *Las acequias* vivía en la Boca; Roberto Ledesma, Rega Molina y otros tantos... El diario, escrito como una antología poética, editorialmente, a los contados números, resultó un fracaso. Aquí el dolor de Gleizer, amigo del alma de Gerchunoff. El autor de *Los gauchos judíos*, por haber hecho abandono de su puesto en "La Nación", quedó en la calle. Fue todo un drama. Desde una lechería memorable de la calle de Río de Janeiro aledaña a la Editorial, la misma noche catastrófica, Gleizer movilizó su gestión. Me parece que, empuñando su *tau* invisible pero milagrosa, acudió a la dirección del diario de la calle San Martín. Demoró un tanto. Su regreso fue triunfal. En la casa de los Mitre no se desdijo lo que allí fue siempre una norma. Gerchunoff pudo retornar. Se le aseguró que el lapso de la infidencia sería considerado como unas vacaciones tomadas sin permiso.

Gleizer difundió muchos libros de Gerchunoff. Organizó presentaciones de algunos con firmas de autor y dedicatorias. Un chusco mulato con tanto dinero como impertinencia, solicitó la dedicatoria correspondiente. "¿A nombre de quién?", preguntó el autor. El mercachifle en trance de humorista, le sugirió: "A nombre del Lector Desconocido...". Entonces, don Alberto, afianzando los gruesos quevedos y con la mejor de las sonrisas

de sus abultados labios, le replicó: "Señor mío... Soy pobre, pero no acostumbro a firmar pagarés en blanco...". De la gente de "Crítica", pléyade ruidosa y eficiente que Natalio Botana supo escoger, alentar, propiciar y también aguantar, para tener, en beneficio propio, el más ágil y difundido de los vespertinos porteños, tres eran los infaltables en la tertulia, también los niños más terribles y mimados de don Manuel. El primero, Enrique González Tuñón. Impaciencia, recóndita melancolía y además picardía legítima de chiquilín porteño, todo esto traslucíase en aquel su rostro delgado, de barbilla afilada y rebelde mechón sobre la frente. Si entonces hubiéramos sido más expertos en discernir calamidades fisiológicas, le hubiéramos acogido más fraternalmente aún, brindándole todo para que disfrutara cuanto antes y hasta el hartazgo de aquella vida que tan prematuramente se le iba a desleír. Enrique, debilucho y laborioso hasta el agotamiento físico, era todo cordialidad y ternura. Intuía y se sacrificaba pensando en el efectivo poeta que ya se barruntaba en su hermano Raúl. Al abrazarle, uno temía que su débil cuerpo se esfumara y no quedara más que su mirada amical y sin dobleces.

Otro de "Crítica" era Rojas Paz. Notorio ensayista, con cierto empaque de elegantón provinciano. Más profundo de lo que sospechábamos. Verdadera aristocracia intelectual, a veces malograda en la fugacidad de los grandes rotativos. Váyase a saber por qué, al aparecer mi novela *La aventura negra*, editada por Gleizer, Rojas Paz dijo que era buena para ser leída en el tranvía. Se la guardé y, al aparecer un volumen suyo, no sé bien si el de *La metáfora y el mundo*, en un comentario publicado en "Caras y Caretas", le retuqué diciendo que se trataba de brevísimos y sí sabrosos ensayos, buenos para saborearlos en el raudó colectivo.

Nicolás Olivari, el tercero, tenía toda la pinta de un dandy, no de Bond Street sino de la vía Veneto. Olivari se hallaba en sus revulsivos comienzos de *La musa de la mala pata*. Gleizer estaba chocho con esta versión un poco libre del Villón porteño, que no tenía la dramática veracidad ni el dolor vivido de Raúl González Tuñón en *El violín del Diablo*. Años más tarde, Ernesto Palacio señaló al tomo *Poemas rezagados* de Olivari, para premio nacional de poesía. En el volumen iba incluida una *Canción de los niños que se fueron al mar* de rigurosa tonalidad anticoncepcionista. Se produjo un escándalo parlamentario de consecuencias. El dictamen no llegó a fallo. Y el resultado fue que, correspondiéndome actuar, lo rectificué recomendando, en cambio, para aquella distinción oficial al libro de Vicente Barbieri *El anillo de sal*. Olivari jamás lo olvidó. A mí tampoco me pesó, pues Barbieri era más poeta, más profundo y más merecedor.

En 1926, acuciado bien me sé yo por qué malignidades, publicó Gleizer un volumen perteneciente a don Francisco Soto y Calvo. El título: *Los poetas maullantinos en el arca de Noé*. Tratábase de una antología humorística inspirada en el contenido de la todavía no superada *Antología* de Julio Noé. Comenzaba con Lugones y terminaba con Pedro Juan Vignale, vale decir, todas las liras. El estanciero, refugiado plácidamente en su "Ribera", no había perdonado a uno solo. Su inspiración, de la gracia se deslizó un tanto... Gleizer pasó un mal momento. Sólo su reconocida bondad le salvó. No así al venerable compilador de maullidos, con el cual se desquitaron durante varias noches los felinos jóvenes encarados en el *Portus Quietis* de Triunvirato 537.

Con aires ultraoceánicos llegaron Leopoldo Marechal y Bernárdez. Eran los que "habían estado en París". Hablaban entre ellos y algún otro, empleando un lenguaje secreto, mistagógico, como de iniciados. Aportaban con cierto orgullo, la imagen de un París que comenzaba a dejar de ser el de los rastacueros. De Madrid aportaron

Camino de...

también una imagen más digna y que se salvaba de las ramplonerías a que nos tenían habituados los empedernidos colaboradores del "A.B.C." y "El Blanco y Negro". Con su despierto rostro de maestrillo de escuela, limpio y rustroso, sus ojillos de criolla picardía y una evidente y respetuosa propensión a lo que serían las buenas letras de estos pagos, Marechal era ya un vaticinio digno de ser tenido en cuenta. Otro tanto podíase decir de Bernárdez. Ambos estaban ya en lo suyo.

En ocasiones, al café habitual que nos brindaba Gleizer, agregábanse unas reconfortantes copitas de cierto alcohol residual, convincente y suave, en el cual se habían macerado las cerezas confitadas que despachaba el hombonero Trampolski, y unos litros del cual, no sé en virtud de qué procedimientos extra-impositivos, deslizábanse hasta el amigo y editor para regalo de los íntimos en las noches invernales.

Cancela no aparecía por las noches. Gleizer se reunía con él, para almorzar, previamente a alguna operación crediticia, las que con su solvente humorismo y su veterada bonhomía respaldaba el humorista. Cancela era irresoluto, voluble, hasta timorato en cuanto a la entrega de sus codiciados originales. Algún libro suyo, como *La mujer de Loth*, fue retirado antes de salir a la venta, con-



Calle Triunvirato: Villa Crespo, final de camino

virtiéndose en codiciada pieza bibliográfica. Creo que, a veces, se complacía en urdir títulos para anunciarlos y jamás concretarlos. La presencia de Cancela, como la de Gerchunoff, intangibles, aparentemente ausentes, barruntábanse en la labor editorial de Gleizer. Otro tanto habría que decir de don Joaquín de Vedia, este último, crítico de mirada sagaz, incomparable catador de vetas en el subsuelo de las letras, las ponía en explosiva actividad sin alterar en lo más mínimo su magnífica abulia.

Mentando a los explosivos, estaba también Lagorio. Era otro ausente en las noches. Gleizer lo estimaba. Lagorio, de una generosidad temeraria, así como le recomendaba buenos, otras veces empantanaba el editor con autores de los pertenecientes a la legión de los imposibles. De no haber abandonado Buenos Aires para anclar en lejanas y brumosas dársenas de la diplomacia, Lagorio hubiera acicateado a Gleizer y hasta le hubiera hecho rico.

Regresó Gleizer de un viaje a su aldea natal. Siempre con su sonrisa bajo la gorrita de visera inconfundible. Mostrábase feliz, dicharachero, con la nobleza de su mosaica resignación.

"¿Qué tal, Gleizer? ¿Cómo va?..."— le preguntaba uno. El sonreía, respondiendo: "Y...j...ido, como siempre..." Tras esto, la invitación al cafecito.

A poco de publicado *El amor agresivo*, una noche de finales de 1926, me entretuve con Roberto Mariani, luego de la tertulia habitual. Llevaba bajo el brazo unos ejemplares del libro editado por Gleizer. Mariani, amargo y siempre quejón, no había creído en la promesa del editor.

Yo, con mi santiaguina credulidad, le dije, entonces: "Amigo Mariani... Ya lo ves... Te dije que, como a Compostela, todos los caminos conducen a Gleizer... No te lamentes más... Ya te has ganado la fama..."

Y en gracia a la obligada extensión de estos recuerdos, perdónenme la omisión más no el olvido de los muchos que hace cuarenta años siguieron aquel esperanzado camino de Villa Crespo.

Gleizer y sus hijos

